

convirtiendo y bautizando millares de párvulos y adultos, inquietados los recién convertidos se valieron de la vida licenciosa de las naciones gentiles convecinas por los varios hechiceros poseidos del demonio como en todas las naciones y conversiones los ha habido, y causando las rebeliones, atrasando la cristiandad de ellos, dedúcese que no habian de quedar sin dichas persecuciones diabólicas estas, de que lo corrobora y confirma la certificacion de lo que le sucedió al prelado superior de los seráficos religiosos, y es la siguiente.

Fr. Juan Suarez, del orden de los frailes menores de la regular observancia de nuestro seráfico padre San Francisco, comisario apostólico *cumpletudine potestatis* vice custodio y comisionado de esta conversion de Santa María de las Potlapiguas allegadas y circunvecinas en esta provincia de la nueva Andalucía por autoridad apostólica, juez ordinario y del santo tribunal de la inquisicion, en dicha conversion, &c.

Certifico al rey N. S. y su real consejo de Indias y donde quiera que convenga como Francisco Perez Granillo, teniente de justicia mayor y capitán Aguerre de esta nuestra conversion y de otras de la Compañía de Jesus, ha estado cinco años asistiendo en ella á su costa, con armas y caballos, y mediante su asistencia, hemos bautizado mas de siete mil almas, y por su mucha vigilancia y cuidado, habiéndose juntado dos ocasiones los cristianos y gentiles en los valles de los Potlapiguas á punto de guerra para matarnos á los ministros del santo Evangelio, tuvo tanto valor que nos libró y puso en huida á dichos indios; y últimamente, en este valle de Teuricachi, y en nuestro convento de Chinapa que eran unos jacalillos de zacate, donde nos albergamos por ser hasta aquí el autor.

## ADVERTENCIA.

Entre los papeles manuscritos del archivo reservado de la estinguida provincia de la Compañía de Jesus de Nueva-España, encontramos algunos de la propia letra del apostólico varón Eusebio Francisco Kino. Ellos detallan con prolijidad algunos viajes, de los que en diversos tiempos emprendió el mismo padre para el descubrimiento y conversion de los bárbaros gentiles, situados en los barrancos y rancherías que corren hácia el mar de California. La mayor parte de los papeles formados por el padre Kino, ministraron material á la obra, que con título de *Afanes Apostólicos*, imprimió en Barcelona la provincia de la Compañía de Jesus de México año de 1754. Comunicados al público de esta suerte, se deja entender que no tienen lugar en esta coleccion, fuera del diario siguiente que no está comprendido en aquella obra. Contiene, pues, particulares noticias del descubrimiento y conversion de muchas rancherías de gentiles, de que no se trató distintamente en los *Afanes Apostólicos*.

## TERCERA ENTRADA

EN 21 DE DICIEMBRE DE 1683.

En 21 de Diciembre entramos á tierra adentro el Sr. alférez Nicolás de Contreras y yo, con ocho soldados á caballo en busca del camino, para montar la sierra Giganta con caballos y cargas (pues á 3 de este mes de Diciembre no la pudimos montar sino á pié) y en busca de gentiles ú obejas que convertir á nuestra santa fe; el primer dia, mártes, salimos despues de misa acompañados de cuatro indios naturales, Vicente, Simon, Francisco y el muchacho Eusebio de diez á doce años, con los bastimentos para cuatro dias, dos de ida y dos de vuelta, cuando á tres leguas de camino llegamos al aguaje de san Isidro, se nos juntaron otros como quince indios, chicos y grandes y algunos de ellos eran nuevos, que nunca habiamos visto. Con estos proseguimos otras tres leguas y llegamos al aguaje y ranchería de los llanos de San Pablo; aunque los naturales, quince ó veinte dias antes habian pasado á visitar al aguaje de San Vicente, cuando á la tarde montamos á caballo, ninguno

de los naturales pasaba mas adelante con nosotros, aunque despues nos fueron siguiendo Vicente y Eusebio y tambien un cuervo, que dos leguas antes habia empezado á seguirnos, pues unas veces nos seguia, otras nos iba mas adelante sin apartarse de nosotros mas que cuando mucho un tiro de arcabuz, y de esta manera nos vino acompañando; y cuando toda la tarde el camino de mas de seis leguas hácia el Norte, quedándonos siempre al Poniente á mano izquierda la serranía ó sierra Giganta, hasta que llegamos á un nuevo rio que llamamos Santo Tomás, que era el dia de este glorioso santo, apóstol de las Indias; y aunque este rio ahora no corria, tenia en varias partes bastantísima agua represada, muy buena: junto á ella hicimos noche con notable fresco, en la buena compañía de Vicente y Eusebio, y con haber caminado cuanto nuestros caballos, no estaban con cansancio ninguno.

El dia siguiente, 22, caminamos con ellos al Poniente hácia la obra que el dia antecedente al ponerse el sol, nos pareció habia de dar lugar á montar dicha serranía, y subiendo siempre por las arenas y cajas del rio de Santo Tomás, llegamos á medio dia á un lindísimo carrizal de grandísimos sauces, y á un hermosísimo aguaje de muy buena agua, que corria en gran cantidad como media legua del camino. Sentámonos y pusimos una santa cruz, y llamamos á este paraje de Santo Tomas, pues de él salia el rio que habiamos llamado del dicho Santo; proseguimos casi siempre hácia el Poniente y tambien al Sudoeste, y despues de haber subido una no muy mala cuesta, llegamos á la cumbre, á unos llanos y á un arroyo seco, que iban y mirarian sus vertientes á la contra-costa. Y caminando esta tarde como cerca de seis leguas por un valle, que llamamos de San Fabiano, que era su dia, hallamos caminos y veredas muy trilladas, buenas tierras, metales y seña de mucha gente que solia por algunos tiempos del año vivir por aquellos parajes; y al ponerse el sol vimos una grandísima humareda, y prosiguiendo hácia ella y juntamente hácia el aguaje; que segun nos

decian Vicente y Eusebio habia; al anochecer llegamos á estar sobre unas lumbres, y por no alborotar á los indios, no proseguimos el camino, y volvimos atrás casi media legua para quedarnos á hacer noche en un paraje á donde habia muy buen zacate para las bestias, aunque aquella noche todos quedamos sin agua.

En 23, el otro dia, prosiguiendo nuestra derrota, temprano llegamos á las humaredas y lumbreras del dia antecedente, que era una grandísima ranchería llena de naturales, y luego que nos vieron se alborotaron en algo y se asustaron muchísimo de ver gente de acaballo, y nunca vista. Empezaron á despachar á las mujeres muchachos y chiquillos, que iban de ellos y de ellas un grandísimo número; y aunque nosotros les llamábamos y les haciamos señas que se quedaran y no se huyeran, y que vinieran hácia donde estábamos parados nosotros, no pudimos alcanzar mas de que enviaran uno de los suyos, que despues llamamos Juan Bautista, pero este tambien no se atrevió á subir la loma y se volvió luego á los suyos, que se veían mas de cuarenta indios armados de arco y flecha, fuera de los que estaban mas adentro en la ranchería: los mas de ellos de muy alta y buena estatura. Estaba esta ranchería en un lindo llanete, bajamos á él á caballo todos los diez, y los dos indios Vicente y Eusebio, se quedaron como escondidos atrás, de miedo de estos otros indios (que rara vez una ranchería es amiga de otra) y así como nosotros íbamos bajando con los caballos, así se iban retirando los indios de la ranchería y quedó solo Juan Bautista, aunque tambien éste ya se iba alejando y trataba de irse; pero me apeé y con unos chomites en la mano, y haciéndole seña que aguardará y diciéndole éramos amigos, pues hablan la lengua neve y son didius como los de la otra parte de sierra oriental, aguardóme, díle el chomite, ofrecíle pinole y panocha, cosa que estos indios de las Californias estiman en mucho; llamé á otros mas indios, y como los señores soldados tambien se fueron apeando, fueron viniendo y juntando mas

indios; llamamos á Vicente y á Eusebio, para que de esta su compañía que nos hacian los dos muchahos, Vicente y Eusebio, reconocieran no haciamos mal á nadie; y vinieron poco á poco como cincuenta indios de esta ranchería, con su capitanejo, todos con armas, pero de paz, y recibiendo varias cositas nuestras y dándonos en agradecimiento de las suyas, preguntamos que dónde habia agua, nos la enseñaron, que la tenian muy cerca y muy buena; y todo cuanto les íbamos dando que eran unas navajitas, tijeras, chomite, espejos, cacles, coxcates ó avalorios, etc., lo iban dando y poniendo á los piés de su capitanejo, que le llamamos Nicolás y tambien á la ranchería la llamamos de San Nicolás, así por ser el dia del beato Nicolás Fator, como por llamarse Nicolás el alférez y el cabo de escuadra. Bebimos agua nosotros y la dimos á los caballos, supliendo la falta que tuvimos de ella la noche antecedente, y los mismos indios cabestreaban á los caballos; y aunque era ya el tercer dia de nuestra entrada, y los bastimentos y el cercano dia de pascua de Navidad, nos avisaba que cuanto antes tratáramos de volver hácia nuestro real de San Bruno; nos detuvimos en conversacion con estos tan afables indios, hasta las diez del dia que las observé con un relojito de sol, que les hizo armonía de ver en los movimientos de la aguja de marear, y otro vidrito con que el sol les encendia lumbre; me preguntaban y pedian varias cosas, unos pedian el rosario, otros el santo Cristo, otros el capote; unos se contentaban de oír y saber cómo estas cosas se llamaban; otros preguntaban del fin á que servian y les cuadró cuando les dije que el capote era contra el frio, y para dormir abrigado con él de noche: al fin nos despedimos con mucho contento de entrambas partes, y unos diez ó doce de ellos con su capitanejo, nos vinieron acompañando mas de una legua y nos enseñaron otro aguaje y otro mas breve camino para montar la sierra Giganta; y con eso pasamos por otro valle que tambien llamamos de San Nicolás, y en su entrada encontramos dos indios que venian en busca de Vicente y Eu-

sebio, el uno era conocido y de la ranchería de los llanos de San Pablo, á quien los dias pasados habiamos puesto por nombre Leopoldo; es hombre de buena estatura y de buenas prendas, de lindo natural y bien acondicionado; que desde los primeros dias que llegamos a estas tierras, nos asistió con mucha amistad en acarrear nuestros trastes desde la orilla del mar hasta el paraje donde se puso el real; dimosle pinole, que luego lo dió á Eusebio, y supimos que era su padre, con notable consuelo. Luego, despues, dimos con otros como veinte indios, que pareció habian venido tambien en busca de Vicente y Eusebio, y con todos estos fuimos al aguaje de este valle, y al paso por donde entendimos poder montar la sierra; pero como hallamos que tenia un grandísimo paredon, que ni los mismos indios, si no es ayudándose con un palo, pareciónos era forzoso volver atrás por todo aquel valle de San Nicolás, y rodear seis ó siete leguas ó mas, para ir á salir por donde habiamos entrado, y por el paraje, aguaje y rio de Santo Tomas, quedándonos en duda si habiamos de poder llegar á nuestro real de San Bruno para Pascua de Navidad; pero fué nuestro Señor servido que despues que prometimos varias obras de devoción á las Animas benditas del purgatorio, y cada cual su devoción, no muy léjos de la cumbre donde estábamos, como dos tiros de arcabuz al Norte, hallamos otra vereda mas trillada que iba á montar la sierra Giganta, y por ella la montamos con felicidad, ayudándonos á nosotros y á los caballos Leopoldo, y otros á disponer el largo de mas de media legua, nuevo camino de aquella bajada notablemente mas áspera que las de Mochitiltis, aunque de suyo tan á propósito para nuestra vuelta á nuestro real de San Bruno, que luego llegamos á los llanos de San Pablo, y en uno de sus buenos aguajes y pastos hicimos noche.

En 24, el viernes, madrugamos y llegamos á las diez de la mañana á decir misa al real de San Bruno, cuando como á la mitad del camino de cinco leguas de esta mañana, pasamos jun-

ta al aguaje de San Vicente; salieron de su cercana ranchería todos los naturales á vernos, y casi como á recibirnos, chicos y grandes, hombres y mujeres, con su capitanejo Pablo, y muchos de ellos; Leopoldo, Vicente y Eusebio nos vinieron acompañando hasta el real á donde nos vinieron á recibir otros muchos indios, y cuando llegamos dispararon repetidas veces sus arcabuces, así los señores soldado, que llegaban, como los del real; antes y despues de misa repartimos pinole y maiz, y otras cosillas á los naturales. A la tarde y casi toda la noche hubo fiesta y música, y luces y danzas en la iglesia; y un poco despues de media noche tres misas.

En 25 y 26, dia de pascua de Navidad hubo otras tres misas este dia, y el otro siguiente vinieron á vernos mas de 50 indios nuevos, muchas mujeres con sus chiquillos, y unos venian desde lejos, y al principio estaban con algunos recelillos, no atreviéndose á comer de las cosas que les dábamos; pero poco á poco se fueron animando á comer de cuanto les dábamos, y todos estos dias, y otros ordinariamente dominan en nuestra casa de la compañía seis ú ocho muchachitos, como si fueran pascos de casa, acomodándose ya muy lindamente al modo de vestir, y dormir de los mas domésticos indios, que suele haber en la Nueva España, rezando por las mañanas y tardes las oraciones, y tambien aprendiendo á cantar la salve, y muchas palabras de la lengua castellana, todo con mucha viveza de su buen natural y mucha docilidad.

En 27 dia de San Juan, el señor almirante con cinco soldados, el padre Gony y yo, todos á caballo, acompañado de muchos indios naturales, chicos y grandes, entramos hácia el Norte junto á la mar como dos leguas; pero hallamos tanta aspersion del camino, y de un muy grande sebruco, que no pudieron pasar adelante las bestias; apeámonos con ánimo de tomar un refresco, y proseguir el camino á pié otra legua ó mas, por ver si en aquellas partes habia alguna ranchería; pero como de los diez ó doce indios que habiamos hallado pescando en aque-

lla orilla de la mar luego se adelantó uno de ellos á avisar de nuestra llegada, y salieron al altillo del cercano cebruco el capitanejo de ellos, que despues llamamos Pablo, con otros cuatro ó cinco, y tocaron su pito é hicieron demostracion de querer pelear contra nosotros, si pasabamos adelante, lo que hasta ahora en ninguna otra parte nos habia sucedido, aunque luego que de ahí á un ratito empezamos á subir, el señor almirante con cuatro soldados armados y yo, hácia el paraje donde estaba el capitanejo con sus cinco indios, vinieron bajando con mucha paz, y nos ofrecieron sus instrumentos con que pescan, fiska, arpon y cordales; y volviendo con ellos el señor almirante hasta la sombra donde estaban los caballos, y yo con dos soldados proseguí el camino para ver si habia alguna ranchería de algunos naturales ó almas, y ovejas apartadas del gremio de Ntra. Sta. Madre Iglesia caminamos casi menos de media legua y nos vinieron á alcanzar dos indiezuelos, Vicente y Dieguillo, y con la buena compañía dimos con un lindo aguaje de muy buena agua, y remitimos de ella un calabazo lleno al señor almirante con Vicente; y Dieguillo nos enseñó otro aun mas abundante aguaje, y los llamamos de San Juan, pues era el dia del glorioso apóstol y evangelista. Desde un altillo divisamos como dos leguas de tierra, y un vallecito con mucho mangle, pero no llegamos á él por haber de volver al real los soldados á entrar de guardia, y por eso no llegamos á donde estaba esta ranchería, como nos insinuaba Dieguillo, ahí cerca divisamos una muy linda ensenada, que era como un puerto, abrigada casi de todos vientos, particularmente del Norte, Noroeste y Este, que son los mas ordinarios de estas islas. A la vuelta hallamos al señor almirante con muchos indios, y nos regaló con chocolate, y volvimos al real á donde hallamos, que en el interior el señor soldado, que este dia habia estado de caballada habia matado un venado y un coyote, el que se comieron los indios, así como el venado los señores conquistadores.

En 29 miércoles al anochecer, despues de recibidos los san-

tos sacramentos, murió Pedro Nochi, uno de los indios de Conicari, que habia venido á esta empresa con su mujer Margarita. Como á las ocho de la noche, al tiempo que estábamos para cenar, vinieron muchos indios naturales edues y didius, armados de arco y flechas, cosa que por no haber sucedido otra vez, ni á semejante hora, nos causó admiracion; venian preguntando que quién habia herido y muerto á nuestro difunto; si algun edu ó algun didio; y es, que como unos de los naturales lo habian visto morir, entendiendo moria de algun flechazo (como quizás los mas de ellos suelen morir) venian á vengar esta muerte, y nos dieron el pésame de ella, haciendo como demostracion de llanto, y no dejamos de gustar de esta fineza, cuando les dijimos no lo habia muerto ningun edu ni didiu, sino que se habia muerto de muerte natural, y que como esperábamos, se habia ido al cielo, quedaron contentos y se volvieron á la ranchería.

En 30 enterramos nuestro difunto, estando presentes muchos naturales, acompañándole á la sepultura todo el real, y tambien los naturales; fué el entierro junto á una santa cruz grande, que pusimos pegada al real. Hoy y ayer se hallaron muchos pedernales muy escelentes para sacar lumbre, y para arcabuces, &c. A la tarde hubo plática.

## AÑO DE 1684.

---

El primer dia de Enero de año nuevo 1684, confesaron y comulgaron muchos, con el señor almirante, animados á esas tan pías obras con la plática del dia antecedente. A la tarde el señor almirante, el padre Gony y cinco soldados y yo, fuimos á caballo como dos leguas de camino hácia el Sur, á ver si habia alguna ranchería ó aguaje y buen camino para emprender despues una jornada hácia la entrada de San Dionisio, y hácia el puerto de los danzantes, á donde staba Dionisio el capitanejo de los edues, Gerónimo y otros edues conocidos, que ya hacia mucho tiempo que no nos venian á ver, nos acompañaron muchos indiezuelos naturales que unas veces los tomábamos en ancas, otras veces iban corriendo con mucha viveza